

must not forget that the differences in the kind and extent of our development make it impossible under present-day circumstances to form a regional economic association of either a general nature or with specific reference to energy. Let us promote our bilateral relations, but let us not seek to establish artificial entities based on a single factor—the geographical factor, as important as it may be—but rather let us promote relations in which other equally important elements for the economic integration of several countries are presently lacking.

The focal point of the European Economic Community is support for the relatively homogeneous development of the nations composing it. This is not the case in North America. As far as Mexico is concerned, we believe that the establishment of such an entity would inevitably impede our industrial development and perhaps oblige us to extract and export raw materials indefinitely for the use of the most developed societies. Even in the specific field of energy the exploitation of hydrocarbons has very different connotations in accordance with varying degrees of development. For us it will serve above all to create new sources of employment and to stimulate industry and agriculture. For an affluent society the high levels of consumption of hydrocarbons, which some deem to be excessive, serve to sustain a very high standard of living to which we cannot aspire at the present time. In such circumstances, I consider it difficult for us to arrive at a common strategy for the exploitation, future and use of energy unless they are included within a system of total responsibility on the part of mankind. This is what we have proposed to the United Nations.

The recent crisis convulsing the world is precisely the result of a lack of respect for the independence of weak nations. Local conflicts and the permanent threat of global war are the result of a power mechanism bestirred by the craving for territories and markets.

For this reason, Mexico's efforts in favour of general and complete disarmament may be considered among mankind's noblest causes. The Treaty of Tlatelolco, for which Mexico is depositary, is a decisive step toward preserving a vast geographical area from nuclear destruction. This, however, is but barely a beginning, and it will only have full validity when it transcends the regional sphere and becomes a model for other similar treaties.

Universal acceptance of the rule of law—both domestically and in relations among nations—is the irreplaceable foundation of the social order. All societies, whether simple, complex, conservative or revolutionary, need law to preserve their unity and their coherence.

In any circumstances, but particularly in a time of crisis, it is absolutely essential for the international community to reaffirm the validity of its legal institutions. Defending the United Nations means defending the standards that govern peaceful coexistence among States and the supremacy of law over force.

We recognize, of course, that the United Nations' political and administrative machinery is not always effective in solving the world's problems. The scope and pace of its procedures are

olvidar que las diferencias en el tipo y grado de nuestro desarrollo hacen imposible —en las actuales circunstancias— integrar una asociación económica regional, sea general, sea en el ramo de los energéticos. Impulsemos nuestras relaciones bilaterales, más no pretendamos crear entidades artificiales basadas en un solo factor —el geográfico, por importante que sea— pero en las que estén ausentes otros elementos igualmente esenciales para la integración económica de varios países.

La Comunidad Económica Europea tiene como punto central de apoyo el desarrollo relativamente homogéneo de las naciones que la integran. Eso no ocurre en Norte América. En lo que a México toca, estimamos que la creación de una entidad semejante frenaría inevitablemente nuestro desarrollo industrial y nos condenaría, acaso, a extraer y exportar a perpetuidad materias primas para su aprovechamiento por sociedades más avanzadas. Aún en el terreno puramente energético, la explotación de los hidrocarburos tiene un sentido muy distinto según el grado de desarrollo. Para nosotros, servirá ante todo para crear nuevas fuentes de empleo y estimular la industria y la agricultura. Para una sociedad afuente, el elevado consumo de hidrocarburos, que algunos califican de excesivo, sirve para sustentar un muy alto nivel de vida a que nosotros no podemos aspirar actualmente. En esas circunstancias, creo difícil que pudiéramos llegar a una estrategia común sobre la explotación, destino y uso de los energéticos, salvo que se inscribiera en un sistema de responsabilidad total de la humanidad. Así lo hemos propuesto a las Naciones Unidas.

La reciente crisis que sacude al mundo es producto, precisamente, de la falta de respeto a la independencia de las naciones débiles. Los conflictos locales y el amago permanente de una guerra global son resultado de un mecanismo de poder que agita la ambición de territorios y de mercados.

Por eso, los esfuerzos de México en favor del desarme general y completo se inscriben entre las mejores causas de la humanidad. El Tratado de Tlatelolco, del que somos depositarios, es un paso decisivo para preservar a un vasto espacio geográfico de la destrucción nuclear. Pero se trata, apenas, de un principio. Cobrará sentido pleno cuando pueda trascender su ámbito regional y se convierta en modelo de otros tratados semejantes.

La aceptación universal del derecho —en el plano interno y externo— es el fundamento insustituible del orden social. Todas las sociedades —sean simples, complejas, conservadoras o revolucionarias— requieren del derecho para preservar su unidad y su coherencia.

En cualquier circunstancia pero particularmente en época de crisis, es indispensable que la comunidad internacional reafirme el valor de sus instituciones jurídicas. La defensa de las Naciones Unidas significa la defensa de las normas que rigen la convivencia entre Estados y la supervivencia del derecho frente a la fuerza.

Reconocemos, por supuesto, que los mecanismos políticos y administrativos de Naciones Unidas no siempre resultan eficaces para resolver los problemas del mundo. La dimensión y el